



Maria

Barbal En la piel
del otro

Un periodista interesado en la Asociación Memoria y Libertad investiga y recopila las experiencias de sus miembros, todos familiares o represaliados directos en campos de concentración. La asociación está dirigida por una mujer, Ramona Marquès, cuya energía y dedicación han logrado llevar la voz de las víctimas hasta el Parlamento y dar a la asociación renombre internacional.

Las entrevistas que realiza el periodista destacan el carácter arrollador de Ramona, su firmeza y responsabilidad, aunque la unanimidad acerca de las bondades de la presidenta se resquebraja con una declaración inesperada.

¿Quién es en realidad Ramona Marquès?

Una novela que narra la historia apasionante de una joven que no solo decide tomar las riendas de su futuro sino que cincela su pasado a conveniencia de la vida que ha decidido vivir, de la identidad que ha decidido usurpar.

I

Julio es tan propicio para ser dichoso o desgraciado como cualquier otro mes. A finales de junio estalló la noticia e Isolda se dijo: «Dentro de nada, todo el mundo se irá de vacaciones y habrá una tregua». Pero el teléfono no paraba de sonar y, de momento, la ciudad era un cuerpo grisáceo con la piel pavimentada de adoquines o alquitrán que se adormecía y emanaba un vaho irrespirable cuando más apretaba el calor. Su madre guardaba silencio en el dormitorio y, en los ratos de calma, cuando los ojos amarillos del sol desviaban la mirada unos grados más allá del balcón, Isolda miraba, sin verla, la calle de su infancia. En esos momentos, la sensación de irrealidad cobraba vida con sigilo y suavidad.

Leyó otra vez la carta de la asociación Memoria y Libertad, formada por exrefugiados de la guerra civil española, exdeportados de los campos nazis y familiares. Convocaban a su madre, doña Ramona Marquès Gil, a una asamblea general urgente y adjuntaban el orden del día con dos únicos puntos: justificación de la presidenta dimisionaria y elección al puesto vacante. A continuación, ruegos y preguntas. Comprobó que la fecha de la convocatoria había pasado, la asamblea se había celebrado el día anterior, y volvió a meter la carta en el sobre y el sobre en el cajón. Por fin cesaron las llamadas telefónicas. Con los codos en la mesa, apoyó la cara en las palmas de las manos y cerró los ojos.

Siempre había querido ser una persona segura, como su madre, incluso soñaba despierta que llevaba su nombre,

Ramona. Hacía muchos años que deseaba llamarse como ella. No porque el nombre de Isolda no le gustara, pues sabía que lo habían elegido entre otros muchos, buscando uno que no sonara vulgar ni se confundiera fácilmente con otros. Pero llamarse Isolda era como iniciar una conversación con una indiscreción: le impedía pasar inadvertida.

Al principio, cuando Joan Gómez se fue de casa y de la ciudad, Isolda parecía ampararse en una única sombra, la de Ramona Marquès, su madre. Se acordó de la gracia que le hizo que fuera inmediatamente a tapar el televisor con una bandera republicana y ocupara la mesa a toda prisa con el método de francés. Después, con más calma, estuvieron unos días estudiando juntas, como si fuera un juego. Pero Isolda tenía su primer gran secreto, y no era el que Ramona Marquès le había regalado como si hiera algo muy importante: su historia de amor con Rossend Garcia Brell, los pocos días que pasaron juntos. Lo que ocultaba la niña era el rechazo al magnífico padre desconocido que su madre le acababa de descubrir. Ramona le reveló la identidad de Rossend, sus ideas y su autoridad, con intención de resarcirla de la pérdida de quien, hasta ese momento, había sido un verdadero padre para ella: Joan.

Habría preferido tener un nombre más corriente. También le habría gustado encontrarse cómoda sin la discreción que la caracterizaba, pero, a medida que crecía, no comía nada más que platos rebosantes de admiración por su madre, y su tendencia a encogerse para dejar todo el espacio a Ramona, que dominaba hasta el último círculo de movimiento a su alrededor; la niña, en cambio, se veía como un guijarro frío y pesado que se lanza con puntería adonde más serenas están las aguas de una laguna. No se imaginaba que ella era la única referencia estable de la vida de su madre.

Así pues, desde la huida de Joan Gómez, Ramona estaba aún más cerca de la niña en el espacio estrechamente luminoso que había dejado él. En ausencia de la madrina o la *abuela*^[1] iba a buscarla a la salida de la escuela y la llevaba a Memoria y Libertad, a la asociación de vecinos, y la pequeña se quedaba jugando en el vestíbulo como si de la casa de un abuelo se tratara. A menudo le decían que era una niña espabilada y bonita, pero a ella, rubita y menuda, le habría gustado parecerse a otra persona. A su madre, pongamos por caso, que era morena y maciza de cintura para arriba. Ahora, en el presente, asumida la propia identidad, piensa en aquel deseo inconsciente o perezoso de ser otra.

Quiso oír de nuevo la voz del contestador. Horaci Clua, el que había levantado la liebre con su interés por los socios, solicitaba una entrevista con su madre para aclarar la denuncia de los hechos y que esta pudiera explicarse. Cuando el mensaje del periodista terminó, Isolda volvió a pulsar el botoncito para oírlo por enésima vez. Entonces alzó la mirada y vio a Ramona en camión, con su voluminoso pecho bajo el fino algodón de color lila, que marcaba la doble reverencia divergente, una debajo de cada brazo. Estaba plantada en el umbral. A Isolda le pareció que tenía los ojos más juntos que nunca, demasiado, y la mirada expectante, como calibrando si su hija le sería de ayuda o se convertiría en un lastre.

Todo empezó en junio de 2004, en el momento en que, en el acto de presentación de la escritora rusa Anna Politkovskaya, en la sede del Colegio de Periodistas de la rambla de Catalunya de Barcelona, un joven escritor se dejó cautivar por la expresión triste de la oradora mientras escuchaba su voz, tan delicada, que le encantó el oído y le hizo perder la ágil traducción simultánea de una catedrática de lengua rusa.

O tal vez el espíritu del muchacho se trastornó al oírle describir cómo había comenzado su interés por el pueblo checheno. La periodista había hecho el primer viaje a Chechenia en 1999, con el propósito de recoger datos para escribir un reportaje que publicaría la revista *Novaya Gazeta*, en la que trabajaba. Quería informar sobre el efecto de las guerras en la población civil y se encontró con un genocidio: fosas comunes llenas de cadáveres maniataados con alambre, torturados, mutilados; otros, desollados. Cambió el tema del reportaje. Después, todavía en Chechenia, la secuestraron. Su destino era desaparecer, pero dos hombres hicieron el esfuerzo de pasar la noche andando para poder llamar por teléfono a *Novaya Gazeta*, a Moscú, e informar de cuándo la habían detenido y dónde creían que la tenían retenida. Desde la capital, la revista dio la alarma, removieron cielo y tierra y la soltaron. A los dos hombres que le salvaron la vida los mataron; los dos hombres que habían pasado toda una noche andando para salvarle la vida. Horaci contuvo la respiración de pronto, como si la oradora acabara de leer una declaración de fidelidad absoluta a los chechenos. Podía ponerse en la piel de la persona que hacía el trabajo que le gustaba a él. Pero ¿hacerlo bien significaba vencer el miedo y jugarse la vida?

Estaba allí para escribir una semblanza del personaje de la periodista y luchadora, pero no podía concentrarse del todo en lo que oía porque el pensamiento se le disparaba hacia reflexiones sobre el oficio; tenía la impresión de ser un gusano con ansias de volar. Empezó a preguntarse cómo era posible tanta valentía en una mujer tan notablemente frágil en apariencia y qué clase de determinación la había impulsado a poner su existencia en la ruleta como una bolita blanca que salta y rebota sin parar entre ranuras de color rojo. ¿Cuál era el motivo personal que la empujaba a ponerse en situaciones extremas, pudiendo limitarse a una existencia positiva sin un compromiso de se-

mejante magnitud? Y lo que más le fastidiaba: ¿por qué le interesaban a él esas cuestiones individuales más que el genocidio de los chechenos y la corrupción política del Kremlin?

Pensó que un buen narrador podía convertir a esa mujer en la protagonista de una novela larga e impactante. Descansó la mirada en Anna Politkóvskaya. Aplicadamente, volvió a prestar atención a la voz fina y aguda y enseguida se evadió de nuevo pensando en que tenía que dejar de fumar de una vez, el pecho le pesaba como un saco de arena. Se fijó otra vez en la sonrisa gravísima de la periodista rusa y tuvo la impresión de ser un inútil sin remedio. Captó, entonces sí, la traducción del pensamiento con que ella concluyó la intervención. La experta voz de la intérprete le llegó por el auricular como si viniera de lejos, transportando del ruso al catalán la afirmación que sumió la sala en un silencio total. Politkóvskaya acababa de decir que, en su país, expresar en público que no se estaba de acuerdo con el poder comportaba el riesgo de acabar con un tiro en la cabeza.

Mientras Horaci Clua se flagelaba pensando que no solo no era él blanco de ninguna causa, sino que la mayoría de las veces escribía sobre temas intrascendentes, tomó la palabra Ramona Marquès. En contraste con el timbre de plegaria de la gran mujer rusa, la voz modulada y vibrante de la presidenta de Memoria y Libertad avanzaba igual que una locomotora resplandeciente, sin concesiones a la ignorancia sobre la lucha de Anna Politkóvskaya ni a la posible distancia de los asistentes respecto a los temas políticos de la antigua URSS. La velocidad informativa más la convicción, servidas en el soliloquio de la mujer, casi convertían sus palabras en una arenga. El contenido no tenía matices, era la médula de las ideas de siempre: la lucha de David contra Goliat, del preso, del pobre, del débil contra el poder.

Concluido el acto, mientras Horaci observaba a la mujer, que se levantaba de la silla con la cabeza alta, una cara afilada de barbilla breve, con una mirada de pájaro y una expresión tan ávida y penetrante como sus palabras, se le ocurrió una idea. Se acercó a ella y le pidió una entrevista: «Tres o cuatro preguntas solamente». Para su gran sorpresa, Ramona Marquès accedió sin vacilar. En ese momento no podía, iba a cenar con Anna Politkóvskaya, pero al día siguiente lo recibiría a las doce en tal dirección, y le dio una tarjeta. Horaci Clua le dio la suya y se retiró.

Isolda ignoraba este inicio, así como muchas de las actividades de su madre. Sabía de qué signo eran y sabía también que la frecuencia de comparecencias públicas de la presidenta de Memoria y Libertad había aumentado mucho últimamente. La llamaba a casa y no la encontraba casi nunca. Las charlas sobre Memoria y Libertad en centros cívicos y bibliotecas se extendieron a escuelas e institutos. Cada dos por tres iba a la televisión e, incluso más a menudo, a la radio. Su presencia en el Congreso de los Diputados, con motivo de la conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazi, disparó su popularidad. El acto se retransmitió en las principales cadenas de televisión del país y fue su consagración total.

Después de unos años de alejamiento, Isolda volvió a la sede de Memoria y Libertad. Se había congregado mucha gente frente al televisor de la sala de actos de la asociación de vecinos con el propósito de ver la conmemoración del final del Holocausto, que tendría lugar en el Parlamento español y en el que tomaría la palabra Ramona Marquès, en calidad de presidenta de la asociación. La sesión se abrió a todo el barrio por deseo expreso de los socios. Aunque algunos habían muerto, como los Ferrer, se reunió un grupo nutrido de toda Cataluña, y allí, sin su ma-

dre al lado, a Isolda Gómez Marquès no la conocía casi nadie. Había tres personas en silla de ruedas, dos de ellas habían entrado en la desmemoria y sonreían a diestro y siniestro. Una viejecita la saludó como si se acordara de ella; le cogió las manos, enseguida le dio unos besos en las mejillas y la retuvo con una fuerza sorprendente, hasta que la mujer que la acompañaba la distrajo y ella aprovechó para escabullirse. Mercè Alella acudió sin Daniel y la saludó levantando la mano desde una fila en la que hacía pareja con Greta Tobart.

En la pantalla se veía la sala del Parlamento; la sesión comenzó según el orden previsto. En la sala de actos, algunos empezaban a dar cabezadas y otros, a desenvolver caramelos. Pero de pronto se vio a Ramona Marquès en la pantalla: se levantó, fue hasta un atril que tenía un micrófono abierto y, sin ninguna pausa, tomó la palabra. Entre los asistentes se alzó entonces una serie de exclamaciones e Isolda se perdió las primeras palabras de su madre. La vio seria y resuelta, con un traje de chaqueta azul marino nuevo y un gran alfiler en la solapa. Respiró. Ramona gastaba poco en ropa y, muchas veces, a Isolda le parecía que solo se compraba prendas de batalla. Era una pena que, con el peinado de peluquería, tuviera pinta de señora arreglada para la ocasión. Empezó hablando con cautela, pero enseguida cobró seguridad. Las palabras salían de su boca con un impulso dramático y aterrizaran con contención en los oídos de los diputados.

En la sala de actos, los socios y vecinos aplaudieron algunas frases de Ramona, por ejemplo, cuando dijo que se trataba de un acontecimiento de importancia nacional, pero que llegaba tarde, o cuando oyeron que las asociaciones de exdeportados y exrefugiados, además de tutelar y canalizar sus intereses, se habían convertido en organizaciones sociales en todo el país. El alboroto más grande se produjo en la sala de actos cuando Ramona leyó que la memoria histórica no tenía que rescatar del olvido sola-

mente a las víctimas del nazismo, sino a las de los años del terror fascista de Franco.

Isolda comprendió que esas palabras podían irritar a algunos diputados del Congreso español y, de pronto, temió por su madre. Por primera vez fue consciente de que ese acto podía ponerla en peligro. La contundencia y la claridad con que se expresaba harían mella en los herederos de las ideologías a las que atacaba, y también en las personas que, con su tibieza, habían cerrado los ojos a tanto mal. La muchacha se desentendió del discurso y de la sala de actos de la asociación de vecinos y rápidamente, como si le faltase el aire, salió al pasillo. Lo último que oyó decir a su madre fue que estaban elaborando listas completas de deportados. Isolda decidió salir a la calle y, después, volver a casa. Se fue con una pregunta que hacía muchos años que no se planteaba: ¿Alguien podría llegar a irritarse tanto con su madre como para intentar contra su vida?

También se preguntó qué interés tendría el periodista que firmaba H. C. en los pocos refugiados de la guerra civil española y exdeportados de los campos nazis que quedaban, y también en los desperdigados que habían regresado a casa en algún momento y se habían asociado para conservar la llama de su fe en la democracia, de su voluntad de memoria. Su madre se lo aclararía enseguida.

Horaci Clua le dijo al taxista que lo dejara en el cruce de la calle Llull y la rambla del Poble Nou, siguió a pie hasta la calle de Ramon Turró y se adentró en un núcleo de viviendas más compacto hasta llegar a la calle de Castanys. El número que buscaba correspondía a un edificio de acera pequeña y aberturas modestas. Ramona Marquès lo recibió con aplomo y empezó a hablar mientras lo guiaba por un estrecho pasillo sin cuadros ni adornos en las paredes.

La sala tenía un balcón con barandilla de hierro de las de antes por el que entraba un sol alegre. Había una mesa redonda, una lámpara de pantalla blanca colgada del techo, un ordenador y, detrás, dos estanterías en ángulo recto; no eran muy grandes. En el otro lado de la sala, un sofá de color vino enfrente de un televisor antiguo. No se podía decir que viviera con lujo. Mientras ella iba a hacer café, el periodista miró los títulos de los libros. Todos eran de historia de los siglos XIX y XX, biografías o sobre movimientos sindicales y partidos políticos. Tampoco había cuadros en las paredes de la sala, ni cerámica, flores o ceniceros. A esa hora tranquila del mediodía, en esa estancia, pensó: «Me pondría a escribir ahora mismo». Si hubiera estado solo habría redactado un texto, el que se le resistía a menudo en su casa, abarrotada de libros y papeles, donde tenía la sensación de ser un reptil atrapado de pronto en una redecilla.

Cuando Ramona volvió con un café y una infusión, el escritor se fijó en la ropa que llevaba: una falda negra ceñida, acampanada desde la rodilla hasta media pierna; botines que delataban unos pies con un pequeño juanete cada uno; una blusa blanca, camisera, de tergal corriente, como el de la falda, con dos botones a punto de saltar de los ojales. Cogió la taza de la pequeña bandeja de plástico duro que ella había dejado al lado de los libros, delante del ordenador, sorbió y se quemó la lengua.

–¡Usted dirá!

–Cuénteme cosas de Memoria y Libertad.

Le contó que la fundación era obra de la pareja Ferrer, especificó el número de miembros y le dijo cuáles eran sus objetivos y características. Algunos socios fundadores habían muerto ya. Desgranó los retos inmediatos. Mientras le contaba cómo había llegado a la dirección, el joven se dio cuenta de que uno de los botoncitos de la blusa de la señora Marquès se había hundido en el ojal y ya no se veía.

Salió el tema de Anna Politkóvskaya; él dijo que el auricular de la sala de actos no le funcionaba bien aquel día y ella le informó de lo que había relatado la periodista rusa sobre el asalto al teatro Dubrovka. Ramona hablaba con desparpajo, como si fuera posible asimilar tan inmensa crueldad y la hipocresía con que los gobernantes la aplicaban. El periodista se levantó diciendo que la avisaría tan pronto como supiera la fecha exacta de publicación del artículo. Cuando se quedó sola, sonrió; se imaginó hablando ante un público de periodistas. Había leído algo sobre la pesadilla universal de los actores: el miedo escénico; pero, ni los frecuentes dolores musculares, ni los olvidos, ni el espejo, cuando se enfrentaba a él sin prisa, le habían sembrado la duda de si algún día le pasaría a ella también. La fe en la causa que la empujaba a dedicarse a Memoria y Libertad le infundía valor.

Isolda había oído contar a su madre la anécdota de la escuela: era una niña inteligente, pero no se dio cuenta hasta los doce años, cuando una maestra le dijo: «Ramona, tienes un faro en medio de la frente». Y, total, porque fue la única de la clase que entendió las ecuaciones a la primera. ¿O fueron las oraciones explicativas? Fuera por lo que fuese, a esa edad, las opiniones favorables son –todavía oía las palabras– «como agua de lluvia para las plantas».

También decía que se miraba al espejo y se imaginaba un punto luminoso debajo del flequillo, entre las cejas, por encima de los ojos, unos ojos un poco más juntos de lo normal. Se lo contaba a Isolda sonriendo. Y que había pasado de niña a «pollita» gracias a la devoción de la maestra. Y que se había esponjado y redondeado físicamente como si le bombearan oxígeno en el cuerpo.

Pero el abuelo, Jaume Marquès, sabía que tenía otro don.

—Isolda, ¿tú también pasas en un momento de los morritos a la risa?

El abuelo le contaba que Ramona, cuando era niña, se enojaba a menudo y reaccionaba muy mal, pero al momento se transformaba en una oveja alegre, deseosa de caricias, risueña y complaciente. E incluso sabía imitar las actitudes y expresiones de la gente; si quería, remedaba hasta el tono de voz. Y tanto podía saltar de alegría al ver reírse a otro como llorar porque una compañera de la escuela se había cortado.

Lo que Jaume Marquès no sabía contar a su nieta era que, un día, Ramona quiso consolar a Beneta, la tía que se la tenía jurada, según la propia Ramona. Beneta se lo contó a Jaume como un acontecimiento excepcional, porque, por lo general, la chica se portaba peor que mal con los dos, pero sobre todo con su tía, que a la sazón le hacía las veces de madre. Jaume se preguntaba si nacer en el sanatorio y pasar allí los primeros días, con Laura, porque tuvieron que ingresarla desde el principio del embarazo, había afectado a Ramona para siempre. Tampoco él podía hacerse cargo de ella. Se lo preguntaba en su fuero interno, aunque jamás lo habría puesto en palabras, porque estaba convencido de que hay cosas que tienen que quedarse en el país del silencio.

Padre e hija se fueron a vivir a la calle de Castanys, muy cerca de la confluencia con Turró y cerca también del lugar de trabajo de Jaume Marquès. En esa época, él la llamaba *xiqueta*. A Ramona no le gustaba esa palabra, le recordaba a la finca de unos señores en la que trabajaban su padre y otro hombre, no lejos del sanatorio Pere Mata. En comparación con la gran ciudad, la finca le parecía un sitio lleno de pedruscos y polvo. Cuando iba allí, el otro peón la llamaba *xiqueta*, y también su tía, que siempre se quejaba de ella a su padre. «*Agueta xiqueta...*»^[2]. Pero el padre tenía la costumbre de callarse cuando su cuñada se lamentaba; Ramona esperaba que, un buen día, su padre

diera un puñetazo en la mesa o levantara la voz, pero nunca lo hizo. Ella no protestaba porque la llamaran así. «*Xiqueta, xiqueta...*, pero ¡ya verás! –se decía–. ¡Ya verás cuando sea mayor!».

Y no fue necesario esperar a que se hiciera mayor para demostrar quién cortaba el bacalao en el piso del Poble Nou, el barrio en el que vivían. Cuando el padre no le daba lo que pedía o se distraía y Ramona creía que no le hacía caso, la niña se zampaba todas las galletas y el chocolate que había en la cocina, en un armario alto, y luego lo vomitaba todo, o se daba golpes contra las paredes hasta que se le llenaban los brazos y las manos de cardenales. Y Jaume Marquès aprendió enseguida a decir amén, a callar y a sonreír, lo que fuera necesario con tal de evitar esos espectáculos.

A pesar de la fuerte determinación de ser alguien, a sus casi dieciocho años, todo en la vida de Ramona era discreto; todo menos el cuerpo y los ojos negros, tan cerca el uno del otro, que se repartían un poso de melancolía inquisitiva. Tenía un proyecto todavía sin dirección y era valiente; nadie se había dado cuenta, pero llegaría el momento. Todo el mundo sabe que, a menudo, los dones de las hadas tardan unos años en dar fruto.